

TF

Teoría-Ficción en las
Artes Visuales
Vol. 1

Enero 2026



Facultad de
Arte y Diseño

Carrera de
Pintura

Epílogo

Epílogo (2025)

Alejandro Jaime Carbonel

Caminaba por una gran explanada andina para despedirme del último nevado peruano por el sur, en la frontera con Chile a 4,500 m.s.n.m. El sol casi me cegaba, aplanando aún más esa especie de meseta estéril y polvorienta que intentaba cruzar. El nevado Achacollo mostraba, hacia el fondo, sus últimos indicios helados, un hielo igual de chato y delgado como el plano que me sostenía, sin futuro. La explanada era interminable, rodeada de quebradas abismales y vacíos monumentales, escalas que casi eliminaban mi presencia.

Entonces, divisé a lo lejos un punto volador que cruzaba esos vacíos con una facilidad poética, alterando las nociones de tiempo y espacio en las que pensaba al caminar. El cóndor era el dueño de los vacíos y yo, un ridículo vector cartesiano en uno de los infinitos planos de su reino. Rebotaba entre las inconmesurables paredes de la cordillera tacneña circundante, haciendo fácil abarcar lo inabarcable. Entendí su reinado, un buitre elegante.

Desde la altitud atendió la planitud, y cada vez se fue acercando más y más. Ese punto, ahora mancha disparada entre planos geológicos verticales se fue haciendo cada vez más

grande, hasta que su sombra me abarcó, anclando su eje vertical con mi posición descubierta en el plano. Poco a poco el cóndor fue describiendo círculos sobre mí, de arriba hacia abajo, acercándose cada vez más. Transformada en una silueta creciente, cada vez más definida, esa criatura imponente eclipsaba mi posición. Desde su penumbra proyectada, quieto, observé sus detalles mirando hacia arriba; su cuello blanco y pomposo, sus alas enormes, su mirada roja y azul de buitre. Era inmenso. Su vuelo circular acechaba, como un vórtice, al eje humano.

Recuerdo sentirme inseguro, con un miedo calcinante por el sol de la puna, sin nadie a quien gritarle mientras me succionaba ese remolino aviar imaginario. Casi sentí levitar, tomado por ese vértigo espiralado de mirada carroñera y señorial, a punto del pánico. El cóndor creó una tridimensionalidad entre ambos, un efímero helicoide invertido, un espacio helado y polvoriento envolvente, una geografía fantasmal en aquella meseta neutra de su reino, una montaña volteada de aire que desapareció en el movimiento.

Fue una operación matemática, así como un software aleargado que genera volúmenes desde el plano dibujado. El cóndor topógrafo trazó la imposible elevación en un instante, convirtiéndome en una tensión geográfica más, en un hito entre muchos para crear volúmenes entre volúmenes. Después de esos 15 segundos que en realidad fueron tiempos

dentro de tiempos mirándose a sí mismos, sublimes y espiralados; abandonado, mareado e insolado, seguí caminando en línea recta. Hacia un futuro sin futuro.



Accedamos a las ficciones presentadas, que proponen imaginar naturalezas diversas, siempre posibles, y que nos hablan en idiomas que aún no desciframos, abandonados a la especulación. Que nos permitan ser árbol, color, fantasma, fluido o código. Especulemos, nada puede ser recto en un planeta esferoide.